

## Bienal de arte de Venecia 2017- A propósito del problema de un caballo

El envío argentino a la 57ª Bienal de Arte de Venecia de 2017, una instalación de sitio específico de Claudia Fontes (Buenos Aires, 1964), muestra un instante congelado en el que un gran caballo erguido sobre sus patas traseras domina la escena. Una joven parada frente a él apoya su agigantada mano derecha sobre el hocico, mientras que con la izquierda se tapa los ojos. Con ese gesto parece detener o apaciguar al animal. Ubicado más adelante, un muchacho agachado mira (¿examina?) una de las 400 piezas que semejan rocas esparcidas sobre el piso o suspendidas en torno a las figuras.



La obra es de gran impacto visual, al menos, por tres aspectos combinados: el tamaño del caballo, el color blanco del conjunto (apenas interrumpido por los ojos celestes del animal) y la textura lisa y uniforme de las tres figuras. Los visitantes a la muestra se detienen frente al conjunto; la cabeza cercana del caballo es el foco de atención de la mayoría: toman fotos e incontables *selfies* o posan frente a las figuras. La ubicación de la instalación en un área de mucha circulación, la ausencia de vallas, advertencias, censores y/o personal de sala facilitan el acercamiento a ella y permiten el contacto físico. "El problema del caballo" –denominación que la artista dio a su creación– es palpable.

La arquitectura de la sala asignada a Argentina en el Arsenale condiciona fuertemente la composición de la instalación, que en gran parte se encuentra enmarcada por una doble fila de columnas. El espacio, combinado con la dimensión de la figura del caballo, hace que la obra aparezca comprimida, lo cual aumenta la percepción de la escala monumental de la figura animal. La vuelve colosal.

Un dato no menor es la iluminación. El espacio, que opera a modo de pasillo, tiene cuatro entradas vidriadas (tres se abren hacia el exterior) con siete ventanas de gran tamaño y ausencia de cortinas o alguna otra forma de veladura. En momentos de mucha luminosidad esto hace que las superficies de las figuras se aplanen. Es recomendable visitar “El problema del caballo” cuando la intensidad lumínica de Venecia disminuye y hace posible apreciar los volúmenes generados por las luces y las sombras.

Consideración aparte merece la fundamentación curatorial de Andrés Duprat, miembro del jurado de selección del envío a Venecia y actual director del MNBA y la que ofrece la propia artista, la cual ha sido extensamente reproducida por la prensa especializada nacional. En mi opinión, la obra está sobre-fundamentada y peca de excesos interpretativos con tendencia a la intelectualización innecesaria. La ausencia de catálogos en el espacio de exhibición, al menos durante las tres oportunidades en que visité la puesta, no es justificable. Embalajes vacíos que generan situaciones incómodas. De no tratarse de la representación de mi país éstas serían risibles. Visitantes abriendo cajas y mostrando su decepción, como fue mi caso.

El texto curatorial en italiano e inglés poco ayuda (otros países agregan una versión en el idioma propio). Resulta críptico y es difícil vincularlo con la obra y lo que ella estaría representando. Una visitante, manifiestamente molesta por las idas y venidas de su compañera entre el texto curatorial y la instalación, en aparente búsqueda interpretativa, expresa imperativamente con marcado acento británico “Es lo que es, detengámonos a mirarla”. Otro día, una joven italiana, que discute acaloradamente con sus acompañantes sobre el significado de lo que observa, concluye relajadamente “La interpretación es libre, es propia, es nuestra”. Es obvio que ambas tienen razón, “El problema del caballo” vale por sí misma, más allá de su nombre y su explicación.

Desde mi punto de vista, el concepto y la fundamentación que da la artista, reproducida por la prensa nacional hasta el cansancio y reiterada por el texto curatorial, generan más dudas y perplejidad que claridad y exceden lo que la instalación representa en su materialidad o, mejor dicho, marchan por caminos diferentes. En el observador, la convergencia entre texto y obra impone un desafío, un ejercicio con muchos escollos. Es más placentero y productivo renunciar al esfuerzo intelectual y abandonarse a la experiencia estética personal. Como decían las pragmáticas visitantes, la obra es lo que es y la interpretación es libre. Tanto en este caso como en otros.

La estética, la técnica utilizada y el material (resina con polvo de mármol) favorecen las interpretaciones poéticas del trabajo de la artista, más que su asociación con grandes relatos épico-críticos sobre el fundamento de nuestra nación, sobre las consecuencias de la modernidad o la simbología atribuible al edificio que alberga la instalación.

Si bien el desequilibrio entre el tamaño y la potencia del caballo y la joven mujer es manifiesto, me resulta difícil percibir el sentido de paradoja, espanto, tragedia y crisis de los que hablan o escriben el curador, la artista y los periodistas. En la escena representada, el movimiento se congela y la estética toma o se aproxima a imágenes de un cuento ilustrado para adolescentes. Quizás por ello, me pregunto sobre los posibles instantes que preceden y suceden a la escena que observo y en el intento de dar sentido a la obra, me interrogo sobre la narrativa de las “hojas” de ese libro que

imagino y del cual la instalación parece formar parte. A pesar de sus dimensiones, el trabajo de Fontes me resulta más intimista que alegórico, épico-histórico o crítico.



La instalación se divide en dos escenas que el observador puede o no relacionar. La escasa atención que parece despertar la figura del muchacho arrodillado, ubicado en un espacio anterior, en plano bajo ¿se ajusta al significado que la artista ha querido dar a la instalación en su conjunto? Una pared blanca acompaña a esta parte, lo cual refuerza su separación de la escena central, en la que el foco de atención está puesto en la relación de la joven y el caballo.

La impronta de la tecnología digital es manifiesta, no hay trazos que revelen la acción física de la artista sobre el material. Sumado a la ausencia de color y de variación de texturas esto hace que la obra se aleje del realismo. Me surgen otros interrogantes: ¿qué significa que la única mirada visible sea la de los ojos celestes del caballo?, ¿por qué la joven se cubre los ojos?, ¿qué evita ver?, ¿por qué su mano derecha se agiganta?, ¿de qué manera todo esto se integra al significado del conjunto? Las respuestas quedan libradas a la sensibilidad y capacidad interpretativa de cada visitante.

Una idea se me impone. El carácter argentino de la creación de Fontes aparece en su título y su fundamentación. Es muy argentino comenzar una frase con un problema, como también lo es sobreabundar en teorizaciones y elucubraciones intelectuales que alejan la interpretación de su referente empírico, en este caso una pieza de arte.

Deseo compartir siete recomendaciones con quienes tengan oportunidad de ir a la Bienal de Arte de Venecia 2017 (cierra el 26 de noviembre) y ver “El problema del caballo”. Primero, no leer antes los comentarios de prensa, ni el texto curatorial (si se desea, hacerlo después para compararlos con la experiencia propia); segundo, acercarse a la obra sin prejuicios (o al menos ponerlos en suspenso);

tercero, plantarse frente a ella como lo hace la joven frente al caballo y dejarse impresionar por lo que ve; cuarto, confiar en la propia sensibilidad y percepción; quinto, permitirse vivir una experiencia estética personal; sexto, irse y volver más tarde u otro día, para cotejar nuestras reacciones (no temer al cambio de opinión); séptimo, extender la mano y tocar el caballo, se puede.

Si tiene tiempo suficiente, repetir la experiencia en otros espacios de la Bienal, excepto el último punto. Pueden llamarle la atención de mala manera.

Carlos Lista

Venecia, 21 de julio de 2017